

PIÑEN

DANIELA CATRILEO

WARRIACHE

Santiago, San Bernardo y retorno a Santiago, ese es el viaje. Abro los ojos y escucho: la música al menos me salva de no salir corriendo. Recorro de extremo a extremo la ciudad para celebrar los treinta de Yajaira, mi mejor amiga. O más bien, la amiga que conozco hace más tiempo. Ambas ya no habitamos el lugar donde nacimos, pero cada tanto regresamos para encontrar la huella que abandonamos y de paso visitar a la familia. Reaparecemos para contarnos cómo van los años desde que ya no somos las niñas aisladas del colegio pobre de monjas donde nos conocimos.

Llego tarde, como siempre. Tengo algo de vergüenza. Su fiesta es como una cena íntima, al menos eso me dice por teléfono. Eso es muy ella, pienso. La casa es igual a las que están a su lado, salvo por las formas de sus rejas. Los colores no son muy diversos: matices en la escala de la «clase media». Siento que este condominio podría estar en cualquier sector de Chile con gente que se crea de esa clase. No sé en qué momento empezaron a brotar en este cementerio. Cuando me fui, todavía éramos chicas criadas en blocks, casas pareadas pero dispares, ampliaciones hechizas y multicanchas sin red. Cuando me fui, aún quedaban cerros y viñas donde camuflarse, emborracharnos tranquilas y tendernos de espalda al sol.

Desde la ventana veo a los invitados y no reconozco más que a sus padres envejecidos. Me siento extraña. Sólo al verlos me doy cuenta del tiempo que ha pasado desde que ya no habitamos este espacio que tanto nos esmeramos en odiar. Quisiera saltarme eso de la presentación. Quizás si hubiese llegado antes no tendría que estar a la vista de ellos. Filo, camino. Voy con un nudo en el estómago, fingiendo seguridad. No es que me sienta obligada a estar acá, pero preferiría que fuese como una fiesta adolescente, donde todo estaba tan oscuro que no era necesario presentarse.

La primera que me saluda es su madre María. No ha cambiado nada. Me dice un montón de cosas superficiales, insoportables. Nunca me ha caído muy bien, debe ser porque conozco mucho a Yajaira. Es de esas personas que una respeta sólo porque alguien que una quiere, la quiere. Aunque eso no significa que una deba hacerlo. Reconozco que se me hace difícil. Estuve en la orfandad, en las separaciones, en los gritos. Puedo ver esos días bajo el agua. No soy alguien que olvida fácilmente. Sin embargo, puedo admirar fríamente su fortaleza, cuestión que la hace seguir aquí. Arrastramos más fantasmas de los que incluso ella cree: hay madejas que no sólo se enredan en el corazón, sino que amarran nuestras lenguas para siempre. Por eso, ante ella, prefiero callar.

Intento parecer alguien normal. María me informa que ya no vive en los blocks, sino que ahora vive en un condominio. Lo hace con un tono despectivo que conozco y aborrezco. Por fuera, asiento con una sonrisa. Por dentro, repito como mantra que es la mamá de mi mejor amiga, que nunca ha sido diferente a esto, que nunca cambiará. Compórtate, me digo. Si sigo sonriendo en silencio, no me preguntará tantas cosas y no se dará cuenta que vine sola. Mientras sigue su monólogo del éxito, me ofrece un montón de canapés. Torpemente esquivo su mirada. Poco a poco su figura comienza a desenfocarse, debe ser un mecanismo de defensa. Ya sólo veo borrosamente como mueve su boca. Froto mis ojos, pero ellos ya se han posicionado en modo sobrevivencia. Ahora buscan a mi amiga o a alguien que conozca. Aparece Pilar, su hermana. Me aferro a ella. Aunque nunca hemos tenido algo de qué hablar, la sigo. Caminamos por un pasillo adornado con diplomas y fotografías. Todo puede parecer de clase media, menos los rostros morenos que cuelgan de estas paredes.

Arribamos a un patio trasero. Entre algunas buganvillas y gomereros, veo a un grupo de hombres jóvenes. Reconozco a su pololo sólo por las imágenes que Yajaira me ha enviado. Él también me reconoce. Al parecer no soy la única que recibe fotografías. Me saluda como si me conociera. No sé si eso es bueno o malo. Me dice: «Yajaira ya viene». Por mientras me presenta a sus amigos e intenta ser amable. Me quedo un rato esperando, ellos conversan. Hace rato que no estoy con gente así. No puedo integrarme. Hablan de autos, tema en el que

no me manejo y prefiero olvidar en ese mismo instante. También hacen bromas internas. No los entiendo y me siento incómoda. Tengo el teléfono en la mano, preparada para la técnica infalible de hablar con amigos imaginarios si alguno del grupo me llega a conversar de forma directa. Aunque mi plan B es llamar a un viejo amigo real que no veo hace años y vive tras el cerro Negro, a media hora de acá. Estoy en eso cuando Yajaira aparece. Nos miramos de lejos y sonrío con los mismos ojos de mi abuelito.

¿Sus ojos podrán volver? Me repito esto, una y otra vez. Sin embargo, guardo silencio. Soy como una herida que aprendió a residir en la piel. ¿Volveremos nosotras, nosotros? Mis pensamientos se ven interrumpidos por el plato servido sobre la mesa. Estoy en el cumpleaños número ochenta de mi abuelito. La casa está llena, todos ríen, hacen bromas. Hay dos mesas: niños y adultos. ¿Cuándo crecí tan rápido para no estar entre sus juegos? Pareciera que hace nada estaba ahí, sentada en la alfombra con mis rodillas chuecas, separando las verduras del plato, siendo mañosa por cualquier asunto irrelevante. Aprovechando la ventaja de ser la primera nieta que nacía en este territorio extranjero y que a pesar de las precariedades podía darse el gusto de abandonar las guatitas por un plato de papas fritas recién hechas. Todo a escondidas del padre y con el regaloneo de los abuelitos, claramente. Una «vieja chica», como me llamaba la señora Menche, la comadre de mi abuelita. O simplemente riendo con mis tías y primos casi veinte años atrás.

¿Sus ojos podrán volver? Me hago esta pregunta cada vez que veo juntos a mi padre y a mi abuelo. Ñi chaw, ñi laku. Imagino sus retornos como una posibilidad de sumergirse en ese verde que duele. Regresar al lugar donde el pensamiento se pierde en el tejido de las hojas. ¿Quisieran ellos volver? Mantengo en mi cabeza esa duda. Santiago para nuestras familias significó un pedazo de suelo donde crear algo parecido a un hogar. Intentaron construir una vida y tacharon otra. Encontraron un trabajo, trajeron a sus hijas e hijos, abandonaron la lengua y lo poco que tenían: animales, pequeños cultivos, sus rukas. Imaginaron que

cerca del Huelen y el Mapocho podrían tener un segundo nacimiento donde se levantarían desde los escombros. Pero eso no sucedió, fueron desalojados. Desparramados a los suburbios de la waria. Tuvieron que aprender a germinar como quien muere lejos de su tierra.

Ahora, con este disfraz adulto, compartimos la mesa de los grandes. Mis primas más pequeñas y mi hermano cada tanto vigilan a sus hijos e hijas de la mesa aladaña. Intento estar atenta a la conversación que se da en ese ambiente. No logro entender muy bien de qué hablan. Algunos balbucean, otras lloran. Tienen un tono de dibujos animados que modulan naturalmente. Las más grandes miran sus celulares. La mayoría separa los cubitos de zanahorias del arroz y toman mucha bebida, al menos más de lo que comen.

Vuelvo a prestar atención al espacio que comparto, como si atravesara un umbral del tiempo donde se me permite ser adulta. El vecino de toda la vida está invitado a la cena, sentado a la izquierda de la cacerola, lugar ocupado por ñi laku. Deben tener casi la misma edad. Al parecer, el señor ya bebió más de la cuenta, se le enreda la lengua y dice cosas que nadie puede descifrar. Al principio era gracioso, pero ya empieza a aburrir. Mi padre y su hermana mayor están a mi lado, toman una copa de vino y confabulan risueños. Mi tía dice la palabra «pirulonko» refiriéndose al vecino. A mi papá le hace tanta gracia que se llega a atorar. Pirulonko es como decir cabeza agusanada. Mi tía les explica a los demás esta palabra, la mesa chica ríe a carcajadas.

A mi abuelo le traje una trutruka de regalo. La compré en la feria artesanal que está frente al cerro Huelen. No tuve tiempo de encargarme una hecha por alguien conocido. Pasé rápido e intenté no traer la que decía «Chile» bordado entre sus lanas. Cuando entrego mi ofrenda, ñi laku la hace sonar para sorpresa de todos. «Feliz cumpleaños, abuelito», digo. «Pura mari», me dice él, sonriendo cómplice, como si entre los invitados sólo yo pudiese enterarme de su secreto. «Pura mari», le contesto, mientras camino hacia el computador. Busco rápidamente «Un año más» cantada en mapudungun. «Laku, espera, le tengo otro regalo», digo. Comienza la música y vuelve a sonreír. «Iñche ta pura mari tripantu», dice más fuerte, como si al pronunciar esas palabras estuviese invocando su liberación. Siento que voy a llorar, pero me

aguanto. De a poco, toda la familia se reúne en el antejardín. Nos arremamos al calor de un fogón improvisado con unos palos de antiguos muebles sobre una vieja lavadora. Esa noche, ocultos de Santiago, trocitos de periferia, bailamos cumbias y rancheras.

Yajaira era el nombre de una reina de belleza venezolana, finalista en un certamen a fines de los ochenta. Esta anécdota la escuché desde la primera vez que nos hicimos ese tipo de preguntas, cuando nos conocimos. Incluso creo que fue lo primero que le pregunté: «¿Por qué te llamas así? ¿De dónde viene Yajaira?». Su nombre me parecía muy raro para la normalidad del mío: Carolina. Toda nuestra generación fue llamada Carolina, Camila, Catalina, Daniela, Claudia, Francisca. Yajaira no estaba entre los nombres comunes. Su madre, como muchas otras en esos ásperos años, había volcado su afecto a ese tipo de programas, sumergiéndose al aliento y al azar de estar expectante a las finalistas, cuyo gran clímax fue el año 1987, donde por primera vez una chilena lograba llegar hasta esa instancia. Por eso, Cecilia fue adoptado como nombre ganador y repartido entre muchas quienes nacieron en el caso de los ochenta, en plena dictadura. Y bueno, Yajaira fue la excepción creativa de alguien con un nombre muy de mamá: María, nombre compartido también por mi madre. Ambas mujeres chilenas o como dirían algunos en el sur: «chiñurritas», casadas con hombres mapuche.

La historia de nuestras madres no está en la militancia ni en el alero de las vencedoras. Sobrevivieron y lo siguen haciendo. De campamentos a piezas de allegados. Y de ahí, a los departamentos del subsidio. Trabajos miserables e hijas que alimentar. Fueron las que resistieron de otro modo, mientras un país caía a mendrugos.

A Yajaira le pregunté desde niña de dónde venía su nombre. Pero no el origen de su otro nombre, ese que indicamos como apellido. Esto lo supimos mucho tiempo después, casi sincrónicamente. Nos enteramos

de ello cuando decidimos volver a otro lugar, a esa maraña que estaba perdida en nuestra familia. Cada una en su propia isla, fragmentada por este viaje, nos fuimos acercando al secreto de nuestro origen. Yajaira no sólo era Yajaira, sino también Manque. Cóndor más que reina de belleza, ave más que televisión. Teníamos una historia común, incluso antes de conocernos.

Yajaira y yo nos hicimos amigas a los ocho años en el colegio. Ella venía de una escuela donde había sido elegida reina, como aquella candidata que le dio nombre. Llegó a mi curso a mitad de año, era la nueva. Al principio no hablaba nada. Nos miraba como a seres extraños y quizás tenía razón. Después de observarla durante tres días, me di cuenta que no se juntaba con nadie en el recreo. Ahí decidí acercarme e invitarla a la leche. Dijo que sí y nos fuimos a buscar galletas. Por esos años, ninguna de las dos imaginaba que una terminaría siendo directora de un colegio rural y que la otra decidiría vivir en tierras recuperadas. Aunque para todos los demás la historia era más simple. Tanto para su familia como para la mía, ella era directora de un colegio en el sur y yo había estudiado algo relacionado a las ciencias sociales, aunque era más garzona y *barwoman* que investigadora. Ambas sabemos que escondernos también es sobrevivir. Eso lo aprendimos siendo niñas.

Siempre tuvimos una sospecha, aunque no pudiésemos modularla. Nos fueron seleccionando y categorizando desde un racismo muy solapado. Sin grandes esfuerzos, ambas éramos buenas estudiantes. Muchas veces compartimos el primer o segundo lugar del curso. Nos hicimos tan amigas que no recuerdo con quién me juntaba antes de su aparición. Nos iba tan bien que incluso los profesores nos explotaban haciendo que revisáramos las pruebas de nuestros compañeros y compañeras, aunque lo disfrutábamos. No teníamos idea que esa era la pega de ellos. A veces los compañeros más flojos se nos acercaban y nos preguntaban si les podíamos cambiar alguna alternativa que tuvieran mala. Yo dudaba, pero tenía una moral tan cristiana que me daba miedo. Y eso era porque dios me daba miedo. Yajaira, sin embargo, era

más intransigente. Decía que no por un deber y porque le tenía mala a la mayoría del curso.

Lo de la categorización como diferentes empezó del siguiente modo. Al principio no advertíamos por qué nos elegían para cosas específicas, como los actos del 12 de octubre o para Fiestas Patrias. Pues también nos estaban eligiendo para todo lo demás. Nos inscribían en cuanto acto fuera posible, aunque tan sólo fuese sostenerle las flores a la virgen o qué sé yo. La cuestión es que a mí siempre me hacían recitar poemas antes de las presentaciones importantes. Y a Yajaira le tocaba ordenar al curso o acusar a quien hiciera desorden.

Creo que fue más evidente cuando íbamos en cuarto básico. Tuvimos una profesora de historia reemplazante. Al pasar la lista, se detenía en cada apellido mapuche. El mío era el primero: Calfuqueo. Luego nos llamó uno a uno, diez estudiantes en total. Todos vivíamos en los blocks o las casas pareadas de las poblaciones vecinas. Nos preguntó si conocíamos el significado o la procedencia de nuestros apellidos. Nosotras respondimos con timidez, negando con la cabeza. Pensábamos que nos iba a retar. Y con lo niñas que éramos, eso significaba algo terrible. Sin embargo, la profe sacó de su cartera una especie de librito fotocopiado. Al parecer era un diccionario o algo similar. Se puso a buscar en él y nos dijo de dónde venían nuestros nombres. Dijo: «Manque significa cóndor y Calfuqueo significa pedernal azul». Aunque nunca me explicó lo que era un pedernal.

Ese día aprendimos que éramos mapuche para los ojos de los otros. Antes de ese día éramos sólo niñas y niños. Desde ese momento, cuando digo Calfuqueo, me siento otra. Cada vez que pronuncio esa palabra-nombre, creo que conjuro algo y mi cuerpo no es mío. No sé, es raro. Supongo que así se siente ser señalada. Nadie hasta ese momento nos había dicho que éramos diferentes o quizás no lo habíamos advertido.

Viajaba cada ciertos veranos al sur a visitar el lugar donde mi padre había crecido, donde vivía aún parte de su familia. Yo sabía desde niña que era mapuche, pero no lo había modulado como una diferencia.

Me resultaban cotidianos algunos ritos y sólo con el tiempo descubrí que no todos lo hacían. Desde esos primeros viajes aprendí a comer maqui, a llamar a las gallinas y a pedir permiso cuando sacaba una ramita de algún árbol. Gestos sencillos que se aferraban a otros. Era común hablar sobre wekufe, kalku o pillanes cuando caía la noche. Una vez vi a mi mamá siendo curada con lawen por la abuelita de mi papá, quien cantaba en mapudungun mientras movía unas ramitas sobre el estómago de mi madre. La abuelita sólo hablaba mapudungun y eso nunca fue un impedimento para comunicarnos. Podría hacer una lista de situaciones, pero para mí eran acciones normales. Después de adquirir esa conciencia, la de convertirse en otra, fui releendo todos los signos que se presentaban. Me di cuenta que cada vez que me enojaba mi abuelita materna decía que se me paraba la pluma. «Igualita a tu papá, se les sale lo indio», repetía. Ya era tarde: no sólo éramos niñas de los blocks, ahora también éramos mapuche.

Repetición constante de vida. Viajo por Gran Avenida, un vehículo veloz recorre la ciudad desde San Bernardo a Santiago. Dejamos atrás las poblaciones de blocks, los peladeros con sus animalitos huesudos, la tierra que alberga algunos árboles por este cúmulo de cemento. Cambiamos celebraciones en la sede por una festividad en el espacio común de un puñado de departamentos. A veces escucho los pájaros anunciar la madrugada. A veces cruzo entre las luces, imaginando que de fondo siempre está la cordillera, aullando la campana invisible de nuestros nombres. No estamos inscritos en estas calles, no estamos erguidos en las plazas. Nuestros cuerpos bajo los adoquines, bajo las iglesias, bajo aquella casa hermosa que hoy es un supermercado.

La mayoría de quienes nacemos en los bordes de la capital seguimos señalando el centro como un traslado a otro lugar, casi como si fuese un territorio desconocido. A pesar de estar en la misma ciudad, nunca hemos sido santiaguinos. Al contrario, somos vecindarios ambulantes, esparcidos en el plano metropolitano. No podríamos ser habitantes ni adoptar el gentilicio porque nuestras vidas jamás estuvieron en el ojo

del mundo. Fuimos diseminados y expulsados de cada lugar donde pudiésemos ser visibles. De algún modo, así me sigo sintiendo: fragmentada, como esas plantas cuyas raíces permiten brotes en el aire. Malas madres, les dicen acá. Aunque prefiero sus otras nominaciones: lazos de amor dirían en Puelmapu. Un cuerpo itinerante cuya única ética es el desapego por cualquier residencia estática.

Sigo en el auto, presiono un botón para bajar la ventana. El chofer mira por el retrovisor con desconfianza. «Me siento ahogada», le digo, con un tono de choreza elegante. Sigo observando el cielo, extrañando el baile de las nubes. Contemplo los recortes de oscuridad entre las grúas de las inmobiliarias. Cuando era chica y veníamos a Santiago, siempre sentía que me ahogaba o estaba a punto de vomitar. Mi mamá viajaba con un kit de emergencias: bolsa, limón y dulces. No lo podía evitar. Sentía como en mi boca se acumulaba la saliva y empezaban las náuseas. Lo extraño es que era algo que me sucedía en las micros y no en el tren. Ojalá estuviese ahogada ahora, vamos a toda velocidad cruzando semáforos. El taxista cree que no me doy cuenta que se ha pasado tres luces rojas. Debe creer que estoy un poco ebria, pero sólo estoy triste y la gente suele confundir una y otra cosa. De todas formas, lo que él crea no es algo que me importe demasiado. Justamente ese es el problema. En estos momentos nada me importa lo suficiente. O como dice Sara Hebe: «No me importa nada por un lado y por otro me importa todo, todo. Por eso lloro».

Ese fue sólo el comienzo, así empezamos a sospechar. Después con los años nos iban llamando más seguido. El mismo grupo de compañeros y compañeras. La cuestión ya no sólo consistía en participar para el acto del Día de la Raza, sino también alentarnos para ganar la Beca Indígena. Yo nunca tuve suerte porque mi mamá y mi papá trabajaban con contrato. Eso significaba que para la ficha social no éramos lo suficientemente pobres, aunque a ambos les pagaran el mínimo. Eso me daba un falso orgullo en la infancia, eso de no ser tan pobres. Pero también me daba un poco de envidia, porque nunca tenía plata como

quienes la obtenían. Aunque eso también era muy falso, porque todos quienes la tenían terminaban pasando el dinero a sus familias.

Yajaira se ganó la beca hasta que salió de la universidad. Su papá era vendedor ambulante y su mamá hacía el aseo en una empresa. No sé cómo se las arreglaban para cambiar los totales de sus honorarios, pero no les resultaba difícil tergiversar la información. Quizás ni siquiera boleteaban. Cuando se separaron fue aún más fácil. Yajaira se fue a vivir con su papá, quien terminó arrendando una casa-bodega llena de cachureos y cajas donde guardaba la mercadería que vendía. Era muy extraño ir a visitar a Yajaira a ese lugar. La casa siempre estaba a punto de desmoronarse. Era un montón de madera apolillada y planchas de pizarreño. El baño parecía un pozo de campo y la cocina era una cómoda vieja con una cocinilla a gas encima. Algunas habitaciones todavía tenían piso de tierra. Hacía frío. La asistente social que la visitaba no distinguía su felicidad. Le daba la beca, pero le advertía que por seguridad debía volver a los blocks con su mamá. La asistente social nunca se dio cuenta que Yajaira era más feliz en la casa a punto de caer, que cuando la obligaron a vivir con su mamá.

Creo que por eso no entiendo cómo todos se llevan bien ahora. A veces imagino que fueron a una especie de «seminario por el perdón» y no me invitaron. No se me da el olvido. Recuerdo muy bien a la niña que fue Yajaira. Incluso recuerdo la primera vez que la invité a mi casa. Yo había hecho la primera comunión y mi familia preparó una fiesta que duró todo el día, modo desayuno, almuerzo y once. A mi papá no le gustaban mucho estas cosas, ni siquiera entraba a la iglesia. Pero mi abuelita, mamá de mi mamá, le daba con que yo estaba en edad de recibir a Jesús en mi corazón. Sólo recuerdo que estaba fascinada con mi vestido lleno de encajes blancos y de andar repartiendo santitos. A Yajaira la invité para la tarde, así no tendría que aguantar la misa ni ir a la iglesia. Yajaira llegó con su mamá y vio a tanta gente que se puso a llorar. Nunca la había visto llorar hasta ese momento. Teníamos como nueve años. Para mí eso era algo que haría mi hermano chico, no mi

mejor amiga. Se escondió entre las piernas de su mamá todos los minutos que estuvo en casa. Mi abuelita les dio un pedazo de torta tapado con una servilleta sobre un plato de cartón y se fueron.

En ese instante sentí que era más fuerte que ella. Yo había tenido que ir a sus cumpleaños y de lo más bien que no lloraba. Al menos esa era la sensación que me daba. En el colegio nunca le dije nada, pero teníamos una relación extraña. Adentro nos sentábamos casi siempre juntas, jugábamos, reíamos. Pero cada vez que me la topaba por casualidad afuera del colegio, las dos empezábamos a avergonzarnos y nos escondíamos una de la otra. No sé cuánto tiempo duró eso.

Mantengo muy viva su imagen de niña: rostro pecoso y pálido, una trenza maría que achinaba sus ojos, las calcetas estiradas hasta las rodillas, de esas gruesas que parecían de toalla. Sus zapatos siempre estaban lustrados, sus camisas blancas, sus cuadernos limpios. Nunca se equivocaba, salvo en Educación Física, donde era un desastre. Por eso nos elegían de las últimas para los deportes. No sé si yo me hice mala para acompañarla o siempre fui mala y nos potenciamos en la catástrofe. La cuestión era que en las típicas filas que hacen para elegir equipos terminábamos tres mujeres al final: la Camila Rojas, Yajaira y yo. La última en ser elegida era Yajaira y por piedad u obligación nos dejaban en el mismo equipo. Al principio yo me esforzaba en jugar algo, después no lo seguí intentando. Además, las chicas eran muy pesadas, no especialmente conmigo sino con Yajaira.

Cuando teníamos como diez años, a un brillante profesor se le ocurrió que debíamos hacer un acto musical. Entonces tocaba hacer grupos, cuestión complicada porque nosotras siempre fuimos un grupo de dos. Ese evento nos acomplejó bastante, teníamos que andar mendigando un lugar. Recuerdo que casi todos tenían lista la coreografía y la música. Veíamos a nuestros compañeros y compañeras ensayar en los recreos. Aquellos días no se hablaba más que de la ropa que se pondrían, cómo irían maquilladas, depiladas. Sonaban canciones de los Backstreet Boys y las Spice Girls. Yo ni siquiera había pensado en la

depilación por esos años, pero escuchaba a las chiquillas hablar igual que a mis tías jóvenes.

Luego venía lo peor. Supe que las niñas populares del curso bailarían a las Spice Girls. Me preguntaron si quería participar con ellas en su coreografía. No sabía si estar nerviosa o ilusionarme. Y les dije que bueno, conteniendo mi felicidad. También les dije: «Le avisaré a Yajaira que ahora tenemos grupo». Después de mirarse entre ellas, tras mi respuesta, una se acercó y me dijo: «Pero sólo queremos que estés tú en el grupo. Las Spice son cinco y nos falta la negra. Nadie quiere ser la negra». En ese instante comprendí muchas cosas. Creo que también crecí y me volví punk de pronto. Hago una lista mental y repaso: el compañerismo, la amistad, el catolicismo culposo, las monjas, el racismo. Mi respuesta fue: «Si ella no está, yo tampoco». Las niñas me miraron y no le dieron mayor importancia, pues harían de todas formas la coreografía que yo amaba tanto. Me acerqué a la Yajaira, que me miraba como si fuese una traidora, y le dije: «No pongas esa cara, porque les dije que no». Y así fue como terminamos en otro grupo, los mateos y raros, pero de los niños. A ellos también les faltaba gente para su baile y nosotras necesitábamos un equipo, así que dijeron: «Bacán, haremos algo entre nosotros».

Ahora que lo pienso era bien bonito estar así de huérfanos. Lo pasábamos bien haciendo chistes que otros compañeros y compañeras no entenderían. Así que, decididos y valientes, comenzamos a desafiar nuestro coraje. Cuando nos preguntamos qué podríamos bailar, al Camilo Martínez, que era acólito, pero dibujaba pentagramas alabando al diablo en las mesas del colegio, se le ocurrió que fuese algo monstruoso: bailar al rey del pop. Sí, nosotros éramos los zombis mateos mapuche de diez años, bailando al Michael, el único raro que nos podría entender en ese baile de subversión y oscuridad. Todos con máscaras y rostros pintados, ropa andrajosa, bailando perdidos pasos del Peter Pan de los *freaks*. Un baile para decir que no estábamos del todo solos, que ahí había más raros como nosotras. Las sin grupo, a quienes dejaban al final de todos los bailes del colegio, de todos los juegos de fútbol, de todas las cartas de amor y fiestas con luces.

No me interesaba que sólo me aceptaran a mí y ella quedara a la deriva. Tengo algo de mártir que es fatal, aunque debería aclarar que no

soy ninguna heroína. Sin embargo, había una diferencia: yo aceptaba no asistir a los lugares que me invitaban si es que Yajaira no iba. Pero mis inquietudes artísticas, como ir al taller de teatro, eran frustradas por el pesimismo infantil de Yajaira. Decía que no quería que mi talento fuese ocupado para hacer de animal en el Rey León del colegio. Y de algún modo tenía razón, sólo que no le disculpaba que no me apañara a las clases de teatro que terminé abandonando y optando por la dramaturgia en los diarios de vida.

Mi mayor rebeldía fue llevarla casi obligada al taller de guitarra acústica, donde apenas duramos tres semanas porque no había guitarras que tocar. Un tipo que se hacía llamar Juan, pero en realidad se llamaba Claudio y cantaba en el coro de la iglesia, nos escribía las notas musicales en la pizarra y nosotras teníamos que seguirle la pista con mímica. Era horrible. Terminamos inscribiéndonos en bordado con la monja de turno. Por suerte, tenía la escapatoria entre un taller de literatura que hacía un profe muy jipi y el taller de patinaje, donde terminé arrancando de la competencia descarnada para una niña. Hasta que en octavo se me ocurrió inscribirnos en gimnasia artística, donde la obligué a asistir nuevamente y de lo cual debemos arrepentirnos hasta hoy. Hay fotografías horribles que pueden dar testimonio de esos pasos aeróbicos bajo nuestros trajes de satín amarillo flúor.

Todos estos talleres estaban bajo el alero de otra pésima idea: la JEC, una medida que implementaba en 1997 la Jornada Escolar Completa, comandada por la Concerta y Eduardo Frei Ruiz-Tagle, donde nos mantenían obligadas hasta muy tarde en las escuelas y donde la infraestructura y la carga horaria de la docencia no daban para tanto. Fracamos como experimento. Apenas teníamos horas libres y arrancábamos de taller en taller.

Así terminaban los noventa, aunque faltaba lo peor: la confirmación. Esto es bien absurdo, pero yo era muy creyente, casi hasta el delirio. Creo que sólo por eso ahora somos las dos bien ateas, aunque con nuestro feyentun intacto. En octavo ingresé a la confirmación y necesitaba a

mi amiga, la ñañita Yajaira. Entonces, no sé cómo la convencí de que ir al curso era bacán, que lo pasábamos bien y valía la pena levantarse los sábados bien temprano para ir a meterse a ese témpano que era la iglesia de Angelmó. Lo gracioso es que en nuestro curso también estaban los otros compañeros ñoños del colegio, que además eran acólitos. El curso no era del todo fome, nos sacaban harto a pasear para llenar las caminatas de Los Andes y otras que ya ni recuerdo.

Siento que ese año fue decidor. Dejé de creer en dios y la Yajaira se pasó al bando de la rebeldía. Mi teoría es que se cansó de ser lo que su madre la obligaba a ser. De todos modos, sus padres no se terminaban de separar y eso le daba la libertad para la insurrección. Además, pronto entraríamos a otro colegio y eso nos daba la oportunidad de abalanzarnos sobre un pozo negro, donde nadie supiera de nosotras. Tengo muy tatuado en mi memoria su paso a la adolescencia, porque fue justo posterior a ese año de la confirmación. Cuando me imagino a la Yajaira es más fácil verme también a mí. Voy tratando de bosquejar mis años a partir de su relato biográfico. Es como si su historia me trajera el polen de los días nublados.

Había llegado el instante de cambiarnos del colegio al liceo y, sin ponerse de acuerdo, nuestras familias resolvieron inscribirnos en el mismo lugar. Esa decisión no era aleatoria. Eligieron una institución que nos pudiese dar algún piso laboral, una escuela técnica comercial, donde se suponía que tendríamos algo parecido a un oficio. Jamás pensaron que podríamos seguir estudiando. Nosotras tampoco teníamos mucha idea de la universidad y en ese entonces tampoco podíamos elegir.

Ese año eran las elecciones entre Lavín y Lagos. Ninguna de las dos tenía una gran enseñanza sobre política. Podría decirse que nos formamos a punta de intuición y realidad. En el colegio nadie decía nada y nosotras de algún modo nos habíamos armado un imaginario aferrado a esa niñez. Ambas vivíamos en una población al sur construida para la gran mayoría, proveniente de tomas de terreno y allegados de otras regiones. Nosotras éramos las herederas de esa migración, que al mismo tiempo nos había empujado a encontrarnos. En nuestras casas tampoco se hablaba mucho de política, al menos no desde ese lugar

hegemónico y oficial, pero escuchamos muchas veces las palabras: detenciones, sindicatos, junta de vecinos, huelgas, ollas comunes.

Sin embargo, todo lo que llegamos a conocer lo hicimos a partir de ese lugar de la infancia, con recortes, palabras sueltas, testimonios a medias. Intentábamos armar una historia con los retazos de otros. En ese tránsito recibimos una pequeña donación al imaginario. El papá de Yajaira era una especie de guardián popular de archivo. Coleccionaba un montón de hermosos cachureos y en esa búsqueda curiosa nos pillamos una pila de libros y cuadernos viejos. Ese tesoro contenía cartas, fotografías y pequeños objetos oxidados. Empezamos a desempolvar uno a uno los libros. Ambas nos devorábamos todo lo que se podía leer. Quizás esa fue también nuestra relación de amor, de sabernos sumergidas en la lengua de otros, en esa eterna traducción que era la lectura.

En nuestra ingenuidad, sólo pensábamos que era una caja vieja, lo que, de alguna forma, ya nos alucinaba. Pero era mucho más que eso. Era otro viaje a la memoria. En ese instante supimos que el abuelo de Yajaira era el dueño o, más bien, había sido el dueño de esos objetos. Descubrimos que la fortuna era una caja que había sobrevivido a la dictadura. En ella encontramos libros de filosofía, arte, historia, política y cartas de personas que ya no existen. Prendedores, cigarreras. Nos enteramos de pronto que el abuelito mapuche de Yajaira también era un muerto de esa historia que nos querían esconder: Juan Manque, mapuche y militante comunista.

Hasta ese entonces nuestra inquietud no era muy distinta a ese panorama que nos inventamos. Desde ese momento teníamos miedo de vivir en un país con un presidente como Lavín. Pensábamos que andarían los milicos en la calle y todo volvería a patrullas en blanco y negro. Para ambas la dictadura estaba viva, pues hasta hace poco Pinochet era senador vitalicio y lo veíamos a diario en la televisión. Tenía discusiones con mis primos diciéndoles lo terrible que era Lavín, pero siempre perdía porque todos encontraban bacán que el loco hiciera playas en las plazas públicas. Lo que nunca decía era que tampoco me convencía Lagos.

Un día, caminando por la población donde vivía mi abuelita, supimos que Lagos estaría en la multicancha haciendo campaña. Andaba con mi mamá y decidimos ir. Recuerdo a un hombre hablando fuerte, claro. La multicancha apenas tenía rejas. La mayoría de las casas se caían a pedazos, pero el lugar estaba repleto.

Si de algo estaba segura era que la gente no necesitaba piscinas con la pretensión de llamarse playas. Para eso estaba el grifo, la manguera, nuestras bombitas de agua. Llevábamos años en la autonomía de los veranos. También recuerdo el cierre del discurso de Lagos: «En mi gobierno todos podrán estudiar en la universidad». Y la imagen de mi mamá, sonriendo y diciendo: «Ven, si gana Lagos, por fin todos podrán estudiar». Nunca le voy a perdonar a la Concerta esa última imagen ni la deuda CAE de toda mi generación. Tampoco me quiero imaginar qué habría pasado si hubiese ganado Lavín. Quizás no habría sido tan diferente. Al final, siempre nos dejan esas dos opciones, mientras la multicancha sigue con sus bancas oxidadas y sus rejas a punto de caer. Ese mismo año dejé de creer en dios y me puse a escuchar a La Polla Records; y la Yajaira probó su primer pito y se volvió comunista. Ese año nos hicimos adolescentes y ya nadie nos podía seguir escondiendo quienes éramos.

El primer día de la media llevaba una mochila de mezclilla y mi primer parche que decía «No somos nada». Me sentía muy ansiosa por ver a Yajaira. Aunque habíamos quedado en cursos distintos, sabía que no estaríamos tan solas. No nos habíamos visto durante todo el verano. Un día la intenté llamar, pero su mamá me dijo que se había ido a pasar las vacaciones al sur. Me la imaginaba con su papá, recorriendo los lugares de su infancia.

Tenía que contarle que me había emborrachado por primera vez y que me gustaban un par de cabros *hardcore* de la Gran Avenida. También había una chica que me gustaba, se llamaba Karina. Llevaba su pelo rosado muy corto y un parche de Pánico que ella misma había pintado. A los tres los conocí en la playa San Sebastián, acampaban cerca

de la casa donde veraneamos. Ese verano sentí que por fin conocía la verdad, que ya nadie me ocultaba las grietas de la noche.

La esperé en el portón, impostando una imagen para verme mayor. La divisé a una cuadra, *jumper* más corto, sin trenza maría. Mientras se acercaba veía que su camisa estaba desabotonada y la corbata lánguida. Venía fumando y en su cuello tenía un collar con una hoja de marihuana. Cuando ya estaba a un metro de mí, percibí que se había puesto el prendedor de la hoz y el martillo que habíamos encontrado en la caja de su abuelo. Me sonreía, masticando chicle. Se veía bonita y contenta.

Esos años fueron vertiginosos. Todos los delirios místicos que viví en la infancia ya no tenían explicación con mi ateísmo. Justamente, ese fue el camino que me hizo dejar de creer. Pero el binarismo de crecer en la waria señalaba que, si no había explicación espiritual cristiana, debía ser algún trastorno mental. Por eso estuve mucho tiempo empastillada y pasé por varios diagnósticos. Si hubiese habitado otros territorios, me pregunto, ¿habría otra explicación para mis alucinaciones? Reflexiono esto porque en mi casa no se negaban a pensar otras posibilidades, sino que fueron conducidos a ese rumbo. A la gente más pobre siempre la tratan como si fuesen ignorantes: de esa forma terminé casi viviendo en un hospital psiquiátrico diurno.

En ese enredo de psiquiatra en psiquiatra me hice bien adicta a las pastillas que terminé traficando en el liceo: clonazepam, sertralina, fluoxetina, zeldox, valproato. Además, tenía pase libre para llegar tarde. Nadie quería tener problemas con alguien que tiene certificado médico psiquiátrico y nadie quería hablar de terapias. Todavía tenían miedo de esas palabras que confrontaban la verdad como un puñal que rajaba el orden ficticio de la realidad.

Yajaira siempre estaba conmigo. Aunque con tanta cosa que me metí en el cuerpo, apenas la veo dibujada durante los primeros años. La cuestión es que ella cada vez se hizo más comunista y yo más anarca, de cierta forma. Un día me contó que había decidido meterse a La Jota. Se veía tan feliz que yo no le reproché nada. Sólo me imaginaba

el griterío que tendría su madre en casa cuando supiera, echándole toda la culpa al tío Pancho, su papá. En el fondo, teníamos pocas diferencias políticas; ella siempre remarcaba que creía en un Estado y yo quería destruirlo. Tuvimos discusiones interesantes, empezamos a leer cosas más densas. En ese sentido, el liceo era una mierda. Mientras les pedía recomendaciones a los profes, me mandaban a leer «El mundo de Sofía» y en Lenguaje nos tenían con «Harry Potter». Todo bien con eso, pero yo sentía que había conocido las sombras del mundo y me seguían tratando como una niña de colegio de monjas.

Creo que en ese tiempo fue Yajaira quien se hizo más fuerte. Me cuidó de muchas cosas, entre ellas de mí misma. Nos encontrábamos en los recreos, en los baños. Me curaba las heridas propias y ajenas. Tuve mis primeros amantes que resultaron ser un desastre, pendejos *yonkis* y soberbios. Como fui la primera en tener sexo, debía contar los detalles, que no fueron asombrosos. Nunca pensé que tendría sexo tan chica. No es que lo tuviera planeado, pero creo que fue un acto de venganza más que placer. Había salido con unos locos que ya iban a la universidad y les daba vergüenza estar conmigo, pues yo apenas tenía catorce años. A mí me interesaba hablar con ellos, sentía que la gente del liceo era fome. Quería experimentar otras formas de pensamiento, pero tropezaba a menudo con una seguidilla de imbéciles.

Mi pinta no era muy distinta a la de aquellos pendejos *yonkis*. Tenía recién quince años y estaba en los huesos. Usaba enaguas como vestidos, chapulinas o bototos. No comía, bebía mucho y el cóctel de pastillas era un ritual. Pasaba durmiendo y a veces hacía la cimarra sólo para volver a acostarme. Yajaira iba a reuniones de su célula, organizaba peñas y pintaba lienzos. Su fortaleza me hacía sentir una inútil. Tanto que, entre la poca lucidez, empecé un pequeño grupo de difusión anónima donde hacíamos carteles contra el capitalismo y Bush. Pegábamos propaganda en los baños del liceo y en los pasos bajonivel del tren. Digamos que, a pesar de todo, estábamos contra lo mismo.

Había conocido más gente en ese rumbo. Mi repertorio musical también se había expandido. Quizás sucedió mientras estaba con unos amigos de mi tía, la Coté Calfuqueo, una de mis mayores in-

fluencias en cine y música: admiraba un montón la capacidad que tenía de memorizar directores, bandas, discos y años.

Mis papás me vigilaban la mayor parte del día. Estaba tan jodida nuestra relación que me revisaban todo y los odiaba. Mi única salvación para arrancar un rato era salir con la Coté. Después de todo era la hermana de mi papá y cumplía con los requisitos de ser una adulta responsable, aunque tan sólo fuese ocho años mayor que yo.

Sin la Coté, la llegada al punk hubiese sido más larga y tampoco habría llegado a apreciar a Edith Piaf, Nina Simone, Bill Haley y Johnny Cash. En sus juntas con amigos conocí un montón de bandas que me volaron la cabeza. También había sido la Coté quien me había llevado a mis primeras tocatas. Sus amigos eran una mezcla de chicos *new wave* y punks. Me sentía bien entre ellos, podía hablar de cosas que me interesaban. Ellos también admiraban mucho a la Coté, les encantaba que fuera mapuche. Sentían que eso era algo especial. Lo encontraba muy raro, pero fue la primera vez que me sentí bien por tener mi apellido. Varios participaban en un montón de actividades por el movimiento mapuche. Hasta ese momento no sabía que existía gente como ellos. Además, podía entrar a lugares sin necesidad de mostrar el carnet. Por otro lado, sentía que Yajaira cada vez se volvía más canuta con La Jota.

Una de las estrategias inconscientes fue influenciar la música y lecturas de Yajaira. No podía entender cómo creían que se podía hacer la revolución escuchando a Silvio Rodríguez. A veces para estar con ella tenía que ir a apañar los eventos que organizaba La Jota de San Bernardo. Me encantaba discutir con ellos y decirles que no sabían distinguir el movimiento mapuche del de los campesinos marxistas. Lo gracioso fue cuando todo comenzó a mezclarse. Cuando Yajaira cumplió dieciséis le regalé «Los Gemidos» de Pablo de Rokha. Se lo había robado a un loco que no lo merecía. Yajaira nunca pudo volver atrás después de eso. Fue una especie de piedra angular de su transformación y eso era pura belleza. Desapareció la hoja de marihuana en el cuello, me acompañó por primera vez al Teatro Carrera y le grabé «Pornography» de The Cure en uno de los pri-

meros CD que lograba copiar. Poco a poco toda La Jota terminó bailando a Bauhaus en la pista de baile. Sentía que ahí por fin estábamos articuladas políticamente, purrukeando en la masa organizada de la horizontalidad.

De la población donde vivíamos al metro República nos echábamos por lo menos una hora y media en trayecto. En el viaje y en la población recibíamos un montón de insultos. No era muy común andar vestidas del modo en que lo hacíamos. Yo creo que también hubo un montón de mapuche góticos, industriales, *hardcore*, *new wave* y punks por esos años.

Yajaira al tiempo conoció a un loco gótico y se pusieron a pololear. Lo encontraba medio engrupido, pero no tenía derecho a decir nada con mis expedientes. Poco a poco empezó a alejarse de La Jota y yo tenía la intuición de que él había manipulado todo para que ella dejara su militancia. Sin embargo, su prendedor heredado colgaba intacto en su largo abrigo negro. Yo a veces salía con ellos y otras veces con un grupo de amigos. Me gustaba bailar en trance por horas con los ojos cerrados. De pronto abría lentamente los párpados y las luces, y el tul y el encaje se fusionaban. Me tomaba algunas pastillas, los tonos bajaban, la música se volvía más lenta y los movimientos de toda la gente parecían languidecer. Sentía como mi cuerpo caía mansamente en la ensoñación. Durante esas salidas me emborrachaba un poco en las cercanías de la disco antes de entrar. Cambiaba pastillas por algo de alcohol y cigarros.

La fiesta casi siempre terminaba tipo seis de la mañana. Los vampiros-mapuche se empezaban a alistar para la salida a la luz. Todos los rostros hermosos de la noche se tornaban delineador, base blanca y *rush* corrido, cuellos morenos: micros con vampiros de vuelta a sus periferias. Nos reconocíamos y hermanábamos en aquella peregrinación. Un transporte público con los dobles quinceañeros latinos de Robert Smith, Morrissey, Debbie Harry, Siouxsie, Peter Murphy, Sid Vicious. A esa hora de la mañana sólo nosotros no nos sentíamos tan ridículos. Los pasajeros jamás se sentaban a nuestro lado: éramos un tapiz nómada de leopardo, encaje y terciopelo.

Una noche estaba en el mismo ritual. Ojos cerrados, de fondo sonaba «Cities in dust» de la Siouxsie. Recuerdo que cada tanto purrukeaba viendo las proyecciones del video. Todos los amigos y amigas andaban por ahí, algunos perdidos en el sexo de las escaleras, otras contorneando sus famélicos cuerpos en los cubos gigantes de los costados. Yo en el trance. De pronto, alguien con lentitud toca mi hombro. Me zamarrean, me toman del brazo. No entiendo nada, salvo ese remolino. Todo vibra pausadamente bajo las luces estroboscópicas, humo, neón. Un manto negro son los cuerpos que danzan. Me llevan al baño, meten mi rostro bajo la llave del lavamanos para reaccionar. Alguien a quien no recuerdo me dice: «Tu amiga, tu amiga». No entiendo nada. Luego escaleras, gritos, sangre, llanto. Yajaira está tirada en la vereda de la Alameda cubierta de sangre. Un grupo de neonazis que bailaba a su lado le había visto el prendedor con la hoz y el martillo. La siguieron a la salida y lo demás es sangre.

Nunca les pudimos contar a nuestras familias lo que pasó. Nadie sabía que estábamos ahí esa noche. Yajaira tuvo que inventar que nos habían asaltado, aunque igual la castigaron. Nunca le vieron las marcas que yo vi en su cuerpo. Todos nos daban datos de quienes podían ser, pero la verdad es que los conocíamos. Nadie se espantaba de que gente como ellos entrara a bailar o se quedara horas macheteando afuera. En ese tiempo los reconocías cantando Rammstein a todo pulmón. No había cómo vengarse de ellos, era absurdo. Dejamos de ir por un largo tiempo. En el fondo sabía que Yajaira me culpaba, de una forma u otra.

Cuando salimos del liceo, Yajaira decidió entrar a un preuniversitario. Yo me puse a trabajar de garzona para juntar plata y viajar. Estaba un poco más equilibrada con el asunto de las pastillas y también quería dejar todos mis tratamientos. Para eso necesitaba estar limpia. Junté dinero durante un tiempo, mientras Yajaira supo que entraría a estudiar al Pedagógico. Estábamos un tanto distantes ese año. Ella estaba

concentrada estudiando para dar la PSU. Nunca supe que le importaba tanto entrar a la universidad. Ni siquiera sabía qué iba a hacer. Sólo me interesaba perderme un rato. Estaba sola y recién tenía dieciocho años cuando supe que estaba embarazada.

Una amiga del liceo me contó que una compañera se había comprado unas pastillas y había abortado. La mitad de mis ahorros del viaje se fueron en pagarle a una loca que vendía las pastillas y además te hacía el tratamiento. No sabía en qué consistía el supuesto tratamiento. Se demoró un mes en contestarme. Me junté con ella en el metro Cumming. Me llevó a un motel que olía horrible. Era una mujer rubia, grande, muy maquillada. Debe haber tenido unos diez años más que yo. Me contó que estudiaba Periodismo, pero no le creí. Me dio unas pastillas con agua y me dijo: «Tienes que acostarte». Se puso guantes quirúrgicos y me revisó. Luego me dijo que en unas horas estaría lista. Y se fue.

Me quedé en esa cama e intenté encender la televisión, pero sólo había un canal porno. Se escuchaban gritos y jadeos de fondo. Portazos y gente borracha. Tenía mucha rabia y pena, me sentía una estúpida. Al otro día me quedé donde un amigo que no sabía nada de lo que había sucedido. Sangré casi un mes entero. No le dije a nadie. Necesitaba contarle a alguien: llamé a Yajaira. La invité a un café cerca de mi pega. Yajaira estaba rara. Seguía pololeando con ese chico que conoció en el Teatro Carrera, pero su relación era una mierda. Cada vez se veía peor, insegura, disminuida. Se lo volví a repetir ese día que nos vimos. Dijo: «Yo jamás hablo de los imbéciles con quienes te metes ni de la mierda que es tu vida». Mencionó que estaba aburrida de tener que escuchar sólo quejas y problemas de mí. Me puse a llorar. Le dije lo del aborto. Me miró con absoluto desprecio, no la reconocí. Tomó su mochila y dijo: «No quiero volver a verte nunca más».

Ese nunca más se transformó en cinco años. Estaba estudiando en la Arcis, endeudándome progresivamente. Vivía en una pieza con varias personas en Barrio Yungay. Lo que estudiaba me había acercado a varias colectividades mapuche que habitaban Santiago. Había empezado

mi proceso de reencuentro con otros y otras lamngen. Un día estaba en una concentración y la vi. Ese año habían matado a Matías Catrileo, las calles estaban alzadas. Había mucha rabia contenida desde hace años. Ese acontecimiento se había convertido en la mecha del incendio. La vi gritando con una wünelfe en la mano. Me dieron ganas de abrazarla, pero aún le tenía mucho rencor. Quería hacerle cariño y al mismo tiempo gritarle que era lo peor del mundo. Quería gritarle que me había dejado sola, que yo jamás le habría hecho algo así. Esa tarde preferí caminar lejos de ella.

Así me la fui encontrando en varias partes. Intenté esconderme, aunque estoy segura de que ella hacía exactamente lo mismo. Hacíamos exactamente lo mismo que cuando éramos niñas, por alguna razón nos ocultábamos en vez de hablar. Estuvimos así varios meses, hasta que un día nos encontramos en la micro. Tomé la 301 para ir a visitar a mi familia, subí cerca de Nataniel Cox. Casi nunca tomaba esa micro porque es muy lenta, pero tenía nostalgia periférica y decidí tomar el camino más largo. Iba por el pasillo cuando la vi. En un momento pensé en bajarme antes que ella pudiese verme. Yajaira iba concentrada en su celular. No había nadie sentado a su lado, a pesar de lo llena que iba la micro. Me dio risa ese gesto de la gente, porque me acordé de nuestra adolescencia. Esta vez tampoco era casualidad. Yajaira llevaba su küpam y trarilonko, andaba con su vestimenta mapuche. Nadie quería sentarse a su lado. Seguía siendo la chica rara que atravesaba todo el centro hasta la periferia, aunque claramente ya no era la versión femenina de Robert Smith.

Sin pensarlo mucho, decidí ir hacia ella. Me puse junto a su asiento y le dije: «Veo que la gente seguirá sin sentarse a tu lado». Miró lentamente hacia arriba y sonrió. «Mari mari ñaña», dijo. «Mari mari ñaña, ta kuify», le respondí. Me senté a su lado y nos abrazamos. Lloramos, nos ahogamos con el llanto. La gente nos miró aún más raro. Una señora nos gritó: «¡Lesbianas y terroristas!». Me sequé las lágrimas y le grité de vuelta: «¡Vieja racista!». Se armó un enredo, la gente se puso a gritar, a discutir. Hasta el chofer se metió. Nos defendieron unos locos de la Garra Blanca Antifascista. La Yajaira gritó: «¡Vale, pero nos defendemos solas!». Nosotras, otra vez entre el llanto y la risa. Nosotras

tras en la 301 que antes del Transantiago fue la 138. Nosotras dejamos que todos se pelearan y después del llanto nos dio pura risa.

Este transitar me recuerda que conozco una calle y su historia lo suficiente como para no decirle avenida Padre Hurtado, el nombre que hoy tiene en el mapa. En línea paralela y subterránea, Los Morros ha crecido a escondidas de la Gran Avenida. Entre ferias y botillerías, ha extendido su flora sombría y selvática lejos de su constelación. Ha sobrevivido a la civilización ordenadora de las arterias institucionales.

Este trayecto es también un sueño. Se repite, vuelve como un espejismo. Una alucinación de murales y grafitis prendados a una simbología de compás apocalíptico. Aunque a veces no recuerdo qué estuvo primero, pareciese que las mutaciones estructurales me confunden. ¿Podría recordar a ojos cerrados el camino o habitar la arquitectura de su memoria? Borrando esta huella, esta frágil ceniza ambulante. Siempre he creído que donde nací, el pueblo casi rural que era por esos años San Bernardo, nada tenía que ver con Santiago Centro, este lugar que ahora habito y deshabeto.

Casi llegamos a Avenida Matta, el viaje interrumpe su rectitud y avanza ahora por Carlos Valdovinos y Santa Rosa. Un país de murales, colores flúor como un estampado psicodélico de pequeñas muertes y el umbral del torbellino. Casas bajas, viejas. El derrumbe del adobe. Y entre relieves matitas de pasto y musgo levantándose, como la ciudad que comienza a verse desde la noche. Aún lejos los inmuebles verticales se anuncian entre la niebla de este sábado. Un paisaje diseñado para no ver el sol, para no ver nuestros rostros al amanecer.

Pedazo de aire, San Bernardo. Pedazo de potrero incrustado a la fuerza en el matorral del centro. Puro polvo, puros trozos de pasto seco. Esta tierra que prometió florecer para nuestros parientes, hoy no es más que un archipiélago emborronado por la miseria. Un abandono de historia vendida al Opus Dei, que, con su virgen brillante, alumbra como un faro la ciudad bajo el Imperio Inca, tachado por demócratacristianos y huasos UDI, que arrojan las migajas como pequeñas plazas entre los blocks.

Antes de ver a Yajaira en su cumpleaños en San Bernardo, vivimos juntas en el sur varios meses. Había decidido irme de Santiago. Ella llevaba un rato como profesora rural y luego tomó el cargo de directora.

Las cosas como siempre estaban feas. Todos estábamos perseguidos, se armaban montajes como teleseries y nadie estaba a salvo. Ni siquiera la gente que andaba en registro, grabando documentales. Estaba en algo parecido, ayudando en lo que podía. La última vez que allanaron la casa donde vivíamos no aguanté más. Rompieron todo. Se llevaron nuestros equipos. No sé cómo Yajaira se enteró y me fue a buscar. Me dijo que parara el show de mártir, que esto no era ningún juego, que ya no éramos cabras chicas. Nos peleamos feo. ¿Cómo iba a pensar que esto era un juego? ¿Acaso no estaba poniendo el cuerpo donde debía estar?

Nos costó mucho rato tranquilizarnos. A Yajaira no le gustaba en lo que andaba metida, pero ni siquiera me preguntaba en qué andaba. Sólo hablaba ella, como siempre. Decía que los cambios se hacían de otra forma, por eso ella estaba en el colegio. «¡No ando armando hueás!», me gritó. Levantó su voz tan fuerte que me llegué a asustar; no por mí, sino por ella. Nunca la había visto así de descontrolada. Al rato, entre el revoltijo, nos sentamos. Me contó que ni en el colegio estaba tranquila, pero que necesitaba sentirse a salvo. Que quería una vida normal, pero ya no podía volver atrás. Se había involucrado emocionalmente con el territorio, con las familias, los pichikeche. Ahí, más serena, dije: «La única hueá que estoy haciendo es un documental, pero ni eso puedo hacer piola». Me ayudó a limpiar, agarró mi mochila y metió lo que pudo. «Tú te vas conmigo», dijo.

Me quedé varios meses ayudando en el colegio. Estuve con ella hasta que empezaron otra vez las persecuciones. Me habían ofrecido hacer algunas grabaciones testimoniales sobre la construcción de hidroeléctricas con acciones irregulares. Asistí a algunas reuniones para ver si aceptaba la pega. Cuando llegué a su casa, Yajaira me dijo que habían estado los pacos en el colegio. Habían tirado hasta unas lacrimógenas cerca. Eso significaba que no podía quedarme más ahí. «Lo más seguro es que vuelvas a Santiago. Busca un trabajo, ayuda desde allá», dijo con ese tono paternalista que detestaba.

Podría haberme enojado mucho, pero en el fondo tenía razón. Sentía que aún estábamos frente a esa profesora reemplazante que nos dijo lo que significaban nuestros apellidos. Sentía que toda mi vida se trataba de comprobar, una y otra vez, mi existencia en este pedazo de tierra. Me sentía sucia, inundada bajo capas de piñen. Sentía que todo lo que hacía se veía manchado por esa mugre que devoraba los intentos de salvarme. Sentía de algún modo que nunca había dejado de ser esa niña que bailaba en la mitad del Teatro Carrera con los ojos cerrados, tratando de olvidar quien era.

Repetición constante de vida. Viajo por Panamericana, un bus veloz recorre la carretera. Vuelvo a la ciudad, vuelvo a la fütura waria. Hay una película horrible en la televisión. A mi lado no se sienta nadie. Se escuchan ronquidos, no puedo dormir. Corro la cortina y miro la oscuridad que habita el paisaje. Busco mis audífonos, hojeo un libro de poesía que me regaló Yajaira antes de partir. Tiene versos subrayados. Leo sólo aquellos versos, armo un poema en mi interior con esas voces. Hay palabras en mapudungun y otras en castellano. A veces dormito un poco, estoy agotada. Entre despierta y dormida comienzo a tener algunos sueños. De pronto una curva rápida me sacude, tengo el cuello torcido. Viene el auxiliar del bus, me pide el pasaje. Luego pregunta mi número de carnet, el número de contacto y mi nombre. Le invento un RUT. Le invento un número telefónico. Pienso en mi nombre, mi nombre de pedernal azul. «Calfuqueo», digo sin abrir la boca. Ese eco azul que me compone. De pronto su voz interrumpe mi pensamiento. «Señorita, su nombre», dice nuevamente. Me quedo en silencio, lo observo. De mi boca sale: «Iñche Yajaira Manque pingén». Lo miro, seriamente. Luego de pronunciar ese nombre, no dejo de sentirme otra. No dejo de tener la misma sensación al decir Calfuqueo. El auxiliar es joven, debe ser su primer trabajo después de salir del liceo. Me mira fijamente y sonrío. «Mari mari lamngen, Iñche Ramiro Curaqueo, pingén», dice.